

— La carta-memoria de Cascajares, que inserta Arjona a continuación, es muy larga y está fechada el 25 de noviembre de 1867. En ella, Cascajares historia los movimientos revolucionarios desde 1866 y pasa revista a la situación española. Por el contexto es evidente que se trata del memorial que el general Algarra lee en el capítulo VII del libro noveno de *Viva mi dueño*, pero Valle ha dado una versión muy sintetizada y personal.

— La carta de Carlos VII a Cabrera en la que le pide consejo y que se traslade a Gratz, es idéntica en el fondo pero diferente en la forma. Es como si Valle se hubiera propuesto encontrar sinónimos para cada párrafo. A fin de que el lector pueda comparar por sí mismo, copio primero el documento y luego la versión de Valle-Inclán:

«Querido Cabrera: Hoy se me han presentado dos Españoles que parecen muy francos, y que vienen de parte de Prim y otros jefes liberales para hacerme su sumisión y proponerme una entrevista con ellos; yo no les he contestado todavía si la acepto, aunque me parece que es mi deber como español el recibirles y oírles; yo no tengo experiencia; deseo, pues, que tú estés presente y te ruego como a mi amigo que vengas cuanto antes. Contéstame por telégrafo si vienes y cuándo, para fijarles el día de la entrevista. No soy más largo porque no dudo que vendrás: esta será otra prueba de afecto y adhesión que nunca olvidará tu —Carlos.»

En *Viva mi dueño* leemos la carta en el mismo momento que don Quirse Togores se la lee a Cabrera:

Querido General: Estos días ha llegado un emisario de los revolucionarios españoles. Me hizo entrega del documento que te adjunto, y verbalmente me propuso una fórmula para recibir en audiencia al conde de Reus. Aun cuando me parece que como español no debo negarme, he rehusado una respuesta afirmativa hasta recibir tu consejo. Me falta experiencia y desearía que estuvieses a mi lado para aconsejarme en asunto tan grave, y que tan directamente se relaciona con los destinos de España. Contéstame por telégrafo cuándo puedes ponerte en camino. Todos te esperamos. No dudo que acudirás sin tardanza, y ésta será otra prueba de afecto y adhesión que nunca olvidará tu afectísimo.—Carlos.

(Libro 9, cap. XIV.)

— Cabrera miente al contestar por telégrafo que está gravemente enfermo, por lo tanto, la versión de Valle-Inclán coincide totalmente con la de Arjona.

— Valle-Inclán unificó las dos entrevistas entre don Carlos y Cabrera en Wentworth (véase secuencias 7 y 22 de mi resumen), po-

niendo detalles de ambas en los capitulillos V y VII del quinto libro de *Baza de espadas*:

- Como en la primera entrevista, el pretendiente encuentra a Cabrera levantado y se sorprende.
  - Como en la primera entrevista, sigue el episodio de la gestión Sagasta, frustrada por Cabrera por razones de principios.
  - Como en la segunda entrevista, don Carlos espera a Cabrera «conversando de perros y de caballos» (pero no con la condesa, como en Arjona, sino con sus edecanes).
- Hay estrecha relación entre los dos textos:

#### ARJONA

Una hora después volvía Cabrera contento [de la entrevista con Sagasta]. Cabrera se dirigió a él y «ya ha volado», le dijo. «¿Puedes qué?», interrogó D. Carlos...

(P. 36)

#### VALLE

El General Cabrera entró doliéndose de sus cicatrices, alegrados los ojos de gato:

—¡Ya voló! Aún quedan judíos en España...

Insinuó Don Carlos:

—¿Os habéis entendido?

(*Baza...*, 4. VII.)

Después de esta entrevista, don Carlos escribe a Cabrera la carta que, según Arjona, precede a la segunda entrevista. Valle no ha querido copiarla sino reproducir el contenido, utilizando el mismo procedimiento que comentamos más arriba. Se trata de la carta preparatoria del Consejo de Londres, que en la novela está fechada —en Londres— el 23 de junio de 1868. La carta auténtica, en cambio, está fechada en Gratz el 23 de mayo de 1868. Como los procedimientos de que se vale el autor son los mismos que he comentado, juzgo que sería demasiado prolijo transcribirlas.

De todo lo dicho se deduce que Valle-Inclán utiliza los documentos y los hechos históricos para acomodarlos a su narración y no al revés. Pero lo que me parece más importante de esta última «incrustación de documentos» que estoy analizando es que, al elegir a Arjona como fuente, se dejó llevar de la inquina de éste hacia Cabrera, insistiendo, por ejemplo, en su falsedad («ojos de gato, cautela de zorro, falacias de seminarista, ruines propósitos de valenciano», *Baza...*, 4, VI). En cambio, Carlos VII está visto con evidente simpatía, con una adjetivación positiva que es una rareza dentro de la trilogía: «Don Carlos, taciturno, con digna reserva y afable sonrisa...» (*Baza...*, 4, VIII); «Don Carlos era un bello gigante mediterráneo...» (*Viva...*, 9, VI).

José Indalecio Caso, en el libro ya citado, presenta a Carlos VII como un joven irreflexivo y despótico que trató de utilizar el prestigio de Cabrera forzándolo a actuar a su favor. Otro historiador carlista, Román Oyarzún, en una obra escrita más lejos de los acontecimientos y, por lo tanto, más desapasionada, defiende la leal actuación del caudillo carlista durante la tercera guerra y acusa al pretendiente y a su camarilla de «infantilismo» (7). Valle no es objetivo en la contienda, y su simpatía por el pretendiente lo hace recaer en la presentación de un Carlos VII acartonado y decorativo, no muy diferente del que aparece en *Sonata de invierno*.

5. En la declaración que queda insertada al principio de este estudio, Valle Inclán intenta demostrar que concibe la novela histórica como una «reconstrucción verosímil» de hechos históricos, lo que plantea inmediatamente el problema de la «objetividad» de su tratamiento. Esta objetividad difiere, sin duda, de la que puede exigirse al historiador. Aunque uno y otro seleccionan y combinan materiales según criterios que responden a factores ideológicos, el relato histórico, por su carácter pragmático, presenta una articulación cuya clave es la coherencia en el manejo —pretendidamente exhaustivo— de materiales de primera mano. El relato novelístico, y en especial el de Valle Inclán, responde a otras exigencias que dependen de su carácter estético. La elección y tratamiento de materiales «incrustados» según la lógica interna de la ficción admite reelaboraciones de diverso tipo. Al *metadiscurso* del historiador (interpretación y comentario de los discursos originales aducidos) se opone la *reformulación* novelística, en que el discurso original pierde su carácter de documento anterior al texto, y al ser insertado en la ficción (reelaborado o no), se vuelve nuevamente original (8).

La identificación de fuentes que nos lleva a confrontar el texto primitivo con el de la novela tiene el propósito, no de oponer lo real, histórico, a lo novelesco, sino, simplemente, de iluminar algunos aspectos del proceso de reelaboración literaria, para lo cual presento unos pocos ejemplos de utilización de fuentes. El estudio sistemático y completo de este proceso en *El ruedo ibérico* permitirá sacar conclusiones generales sobre las características de la recreación histórica de Valle-Inclán.—LEDA SCHIAVO. (Orense, 36. MADRID-20.)

---

(7) Román Oyarzún. *Vida de Ramón Cabrera y las guerras carlistas*, Barcelona, 1961, página 254.

(8) Estudió el procedimiento en «Tradición literaria y nuevo sentido en *La marquesa Rosalinda*», *Filología*, XV (1971), pp. 291-297.

## JUAN GIL-ALBERT, EN SU CALLE DEL AIRE

*Calle del aire*, nueva revista de Sevilla, dedica su primer número al gran poeta Juan Gil-Albert. El número uno de *Calle del aire* es un libro de 384 páginas, preparado e impreso en Sevilla, cuyo «índice» se detalla al final de esta nota.

*Calle del aire*, una obra importante, se debe al trabajo esforzado de unos intelectuales andaluces, Rafael de Cózar, Abelardo Linares, Fernando Ortiz y Joaquín Sáenz, unos poetas que quieren recordar, en su título, el nombre de la calle donde, por unos años, vivió Luis Cernuda.

La revista informa, a sus lectores, de unos puntos básicos de actuación del equipo de trabajo, cuyos componentes hemos nombrado. Son «notas de la Redacción».

*Calle del aire* intenta ser una revista andaluza, pero sin caer en el localismo. Y así, fieles a la universalidad, cualquier poeta será lo suficientemente andaluz como para encontrar cabida en nuestra revista.

*Calle del aire* no pretende, desde luego, ser una reunión de viejas glorias, pero tampoco una tribuna más para esos miles de poetas jóvenes que desean publicar sus versos; porque ni la vejez ni la juventud han tenido que ver nunca por sí solas con la buena poesía.

*Calle del aire* siente ante la vanguardia la misma distante admiración que ante cualquier otro cadáver ilustre, y mira a la poesía «tradicional» con el despegado respeto que debe mirarse una ancianidad poco venerable.

*Calle del aire* huye de las torres de marfil y los cenáculos, pero, asimismo, del eclecticismo de toda componenda con esas «buenas intenciones» que han empedrado siempre el infierno de la literatura. Porque sólo una mentalidad académica puede lograr ese gustar por igual de toda la poesía que se parece tanto a no apreciar realmente ninguna. El entusiasmo puede ser razonado e incluso razonable, pero no imparcial. Por eso, *Calle del aire* no teme apostar por su particular entendimiento de lo que es la poesía en la confianza de que, si lo ideal es comprenderlo todo, siempre será mejor comprender algo que no entender nada.

El número primero de *Calle del aire* está dedicado a Juan Gil-Albert, porque su obra es universal y milenaria, y en ella están recreados los luminosos mitos griegos y reencarnados sus dioses. Está la sensualidad árabe, y el gusto por el fasto y el esplendor barroco de la liturgia romana, trascendida gracias a un paganismo que en absoluto excluye lo divino, sino que exalta lo dionisíacamente sagrado. Juan

Gil-Albert, como dicen los poetas de *Calle del aire*, es uno de los pocos humanistas y sabios—en el sentido renacentista del vocablo—que aún quedan en Europa. Es, ya, un clásico. Para un mediterráneo—un griego, un levantino, un andaluz—clásico es aquel que consigue infundir serenidad, luminosidad y belleza a lo inevitable trágico.

Este libro es el último relámpago, por ahora, de la sucesión de vivísimas luces sobre el nombre de Juan Gil-Albert, que escribe en este volumen, en unas suaves palabras preliminares: «(...) estoy algo como cansado de mí, o, más propiamente, cansado de hablar sobre mí; de mí no estoy cansado, estoy pleno y no concibo ser sino como soy. Ni una sola añoranza de cambio, siempre me sentí mi más idóneo compañero posible. Compruebo, sin embargo, a lo largo de entrevistas, que hablar en la vida, de mí mismo, siendo así que, en mi obra escrita, podría sospecharse que no hago otra cosa, no deja de parecerme una redundancia superlativa. (...) Estos tres años de intensidad informativa que soporto y que me llegaron cuando otros se aposentan junto al fuego sobre su cojín de descanso, están pidiendo de mí un tranquilo refugio para extraer, de todo lo sucedido, su partícula de verdad, el tiempo que me queda para esta última revisión es corto y corto aspiraría yo que fuera, corto e intenso. (...)»

Una tarea paciente y solitaria, la de este poeta vocacional y humanista, que pertenece a esa generación que empezó a adquirir carácter en torno al año 1936, fecha de la que ha tomado su nombre. Fue Luis Jiménez Martos el primer crítico literario que recordó (\*), en nuestra posguerra, la importancia de este hombre de letras, que marchó al exilio al final de la guerra civil española, volvió a Valencia en 1947, permaneciendo alejado de los focos literarios de Madrid y Barcelona. Hasta el año 1972, en que se publicó en la colección «Ocnos», de Barcelona, *Fuentes de la constancia*, libro de poemas que contribuyó de forma poco menos que decisiva en el descubrimiento de una de las trayectorias más fieles y sugestivas de la poesía y prosa española contemporáneas. Juan Gil-Albert, hasta estos años setenta, no podía ser suficientemente apreciado. Circunstancias vitales y un extrañamiento, no sabemos si voluntario, de la vida intelectual española, el haber publicado buena parte de su obra en ediciones prácticamente inasequibles, velaban una figura que debe ocupar ya, definitivamente, un lugar muy destacado en el panorama de la poesía en lengua española.

José Santamaría ha sido otro escritor que ha contribuido a rescatar de la marginación la importantísima obra poética de Gil-Albert. San-

---

(\*) En su antología *La Generación poética de 1936*, Selecciones de Poesía Española, de Plaza y Janés.

tamaría recuerda, en su prólogo al libro *Crónica general*, el primer encuentro con el genio de Alcoy. «(...) Gil-Albert asiste a lo que ha denominado «mi júbilo y mi jubilación». Júbilo de llegar a tiempo de recoger el laurel tardío. Atravesados ya los umbrales de la vejez le llega el momento de adelantarse a las candilejas; pero él, con extrema discreción se retrae, no a la pasividad (nada más lejos de él y de su carácter), sino a esa actividad marginada, medio secreta, que es la senda ambigua (trama inextricable) a la que ha dedicado toda su vida.

La obra de Juan Gil-Albert es una exploración de sí mismo, una orgullosa afirmación a fin de cuentas no exenta de humildad; una interrogación que intenta sorprender los movimientos secretos del pensamiento, cuyo resultado es, al mismo tiempo, un arte refinado peculiar y una meditación profunda acerca de los problemas esenciales de la vida humana y del fenómeno artístico. Un arte entre la reflexión y el recuerdo, entre la razón y los sentidos, arte de cultura e indagación de lo bello, notas características de todos los libros de este escritor.

Rosa Chacel dedica a Juan Gil-Albert unos emocionados párrafos: «Como ahora es mucha la atención prestada a Juan Gil-Albert por la gente joven, seguramente hay matices diversos en esa plural atención, unos más valiosos o más intensos que otros, pero lo que realmente importa es que esta atención es un hecho, tan patente como una ofrenda. ¿Floral o frutal? Más bien lo segundo porque es indiscutiblemente alimenticia. De esa atención se nutre el poeta y se potencia. La atención suya se despierta, se centuplica en una vigilia feliz y responsable con la fluencia inagotable de su poesía. A esto se le llama ahora comunicación (...).»

La obra de Juan Gil-Albert provoca la atención, la admiración incondicional de muchos escritores y lectores jóvenes. Y en ese reencuentro de Juan Gil-Albert con los jóvenes, Rosa Chacel resalta la limpidez del mundo propio del escritor valenciano, obra límpida, libérrima, no sujeta a más ley que la de su acendramiento. Esta obra es serena, porque es una visión dilatada sobre lo placentero y lo doloroso, sobre lo antiguo y lo futuro, sobre lo vivo y lo extinto. A todo esto, Juan Gil-Albert le infunde la perennidad de su fe.

Para Rosa Chacel, la palabra FE es la que más íntegra y profundamente revela el secreto de la obra de Juan Gil-Albert. Fe como sentido vital o más bien esencial. Fe como un ferviente creer en lo que no vimos, y la obra de Juan rebosa de férvida confianza en lo que se ve. En la obra de este escritor no hay ironía, ni ambigüedad, ni incorfomidad, ni tolerancia; tampoco cansancio. No hay cansancio, no hay desánimo. Hay una constante, inacallable afirmación de vida.